

Vera

El cálido sol primaveral se ponía lentamente detrás del monte Santa Bárbara, el día iba pasando y dejando tras de sí un agradable frescor y el ácido olor del mar...

Mi nombre es Vera, tengo seis años y soy migrante. Aquí está mi historia:

Madre.

La primera vez que vi su cara fue cuando tenía 5 días. Ella estaba llorando y sentí sus lágrimas en mi cara. Al principio pensé que había hecho algo malo y la había molestado, pero en realidad ella lloraba de felicidad por haberme encontrado. Porque soy un "otkaznik", como llaman a los niños cuyas madres los abandonan en la misma maternidad.

Y luego estaba la infancia, Moscú y la gata Senya.

Moscú.

-Vera, Bulgakov vivía en esta casa, sí, un escritor así. -Vera, vivimos en Zamoskvorechye, mira qué hermoso es aquí, es el "Imperio", y esta casa, como ves, ya es "moderna".

-No, Vera, no puedes comportarte así en un museo, mejor déjame hablarte de Valentin Serov.

- Sí, lo dibujó todo. - No, no puedes tocarlo con las manos.

-No es sólo un tío tocando una trompeta, es jazz. Así es, lo recuerdas todo, tenemos este disco en casa.

-Sí, la próxima vez extenderemos la manta más cerca del escenario si Ana tiene tiempo de comprar entradas...

Ana.

-Ana, ¿eres mi segunda madre?

-Bueno, ya sabes, como una madre, sí. Bueno, o madrina, es mejor que otros digan esa madrina, no hables de la segunda madre. Bueno, sabes, nuestra gente es diferente.

Mamá escucha de nuestro diálogo, Ana mira a mamá como si no mirara a nadie más y una luz brilla en sus ojos oscuros. Y Ana tiene a Masha.

Masha.

Quiero tomar su mano y dejar de respirar y no moverme, para que se olvide de regresar a casa y me lleve más lejos para vagar por sus calles favoritas hasta el anochecer.

Guerra.

Ese día me compraron una maleta rosa grande y ni siquiera me regañaron por haber elegido Barbie. Dejaron de regañarme del todo, al contrario, mi madre lloraba todo el tiempo, me abrazaba y decía: "Cómo es posible, y los niños al fin y al cabo, ellos también". No me explicaron qué estaban exactamente haciendo con los niños, pero entendí que estaba mal y que nos íbamos. Me estaba acostumbrando a palabras nuevas: Ucrania, guerra, España.

España.

Estoy parada al lado de una chica y quiero que seamos amigas, pero no puedo decirlo. Y de nuevo me escapo y vuelvo a llorar. No quiero estar aquí, quiero que mi abuela me lleve a mi guardería y por la noche aprender nuevos poemas con ella... Pero mamá dice que la casa ya está aquí y que me acostumbraré, y me abraza y llora.

El mar tiene un sabor salado. Si te sientas bajo el agua durante mucho tiempo, te pican los ojos. Salgo y a través de mis pestañas mojadas miro a mi madre y a Ana. Se miran y se ríen. Son felices.

Me acostumbraré, lo prometo.